UN DÍA (NO TAN) SOLITARIO

Jessica Collado Marín

Capítulo 1

En esta época del año, los días se vuelven más perezosos, el frio va empezando a entumecer los huesos y la luz va perdiendo su lucha con la noche. No es la época más tranquilizadora para quedarse sola en este apartamento de las afueras. Luminoso y en una zona tranquila, sí, pero yo siempre tuve una imaginación bastante revoltosa, a la que no le gustaba nada la soledad involuntaria, como una niña pequeña.

Hacía poco tiempo que me había mudado a esta ciudad, un poco fría para mi gusto, así que no conocía a nadie y, en estos días de soledad forzosa, las horas se prolongan como una goma de mascar. Observé la fría decoración del apartamento con mis cuatro muebles, y automáticamente me puse una chaquetita de lana para transformar esa soledad en algo acogedor y cálido. ¿Qué hacer? Tampoco me tentaba leer por decimocuarta vez ese libro de mi limitada estantería, o ver cuatro películas en el día. Ya pasaba bastante tiempo delante de una pantalla para el trabajo, y mis ojos ya lo notaban, incluso protegidos a través de dos cristales anti luz azul. ¿Dormir? Sonaba bien, pero no tanto si quería dormir por la noche.

La presión de los muros ganó la batalla y nos empujó a mi soledad y a mí fuera de casa. Quizá no era mala idea hacer una vuelta de reconocimiento por el barrio, aún sin conocer enteramente; y caminando, con la cabeza un poco dispersa, aparecí frente a un lago, con una zona verde, patos y cisnes. “Un poco de naturaleza, no está mal”-pensé.

Este lago estaba decorado con un puente que le daba cierto romanticismo y con unos bancos en sus orillas, invitando a disfrutar del entorno; y ahí, justo ahí, se encontraba un hombre sentado mirando al infinito. Parecía más o menos de mi edad, y su mirada, que ahora mismo estaba perdida en su mundo interior, me confesaba que era buena persona.

El muchacho debió de sentirse observado, porque sus ojos volvieron a enfocarse en la realidad, concretamente sobre mí. Desvié un poco los míos, como si hubiese interrumpido un momento realmente íntimo, pero él me sonrió tímidamente. Tenía esa sonrisa de chico nuevo en la ciudad, de estar perdido pero buscando su sitio, exactamente como yo. Y ahí supe que no estaba tan sola en esta ciudad.

A pesar de la fuerza extraña que me empujaba a acercarme (¿Sabéis lo que dicen de que hay personas que están destinadas a encontrarse y conocerse?), me deje llevar por mi timidez innata y continué mi paseo cruzando el puente, sintiéndome como Amélie Poulain en el puente del canal Saint Martin. Pero una parte sorprendentemente atrevida de mí se sentía una cobarde.

Capítulo 2

Al día siguiente tenía una reunión con todo el equipo creativo (trabajo en una agencia de publicidad). Formo parte de un grupo reducido que se centra en los anuncios de perfumes, esos a veces tan ñoños que veis por la televisión, con florecitas y demás, pero esta vez íbamos a poner todas las ideas de todas las campañas en común, para poder ayudarnos y colaborar a lo grande. 80 cabezas piensan mejor que 10 por grupo, ¿no?

Entré al despacho y comenzaron las presentaciones entre los equipos. A muchos de ellos ni los había visto; a otros, de pasada. Si hubiera sabido lo que estaba a punto de pasar quizá ni me hubiera atrevido a cruzar la puerta del edificio. Cuál fue mi sorpresa cuando me encontré al chico misterioso del día anterior allí, entre todos los miembros del equipo. El mundo comenzó a moverse a cámara lenta en mi cabeza.

El chico vino lentamente con ojos sonrientes a darme la mano, y yo respondí torpemente, ralentizada por la sorpresa. La calidez de su mano me transmitió una corriente de familiaridad y buena energía. Ahí ya estaba convencida de que nos teníamos que conocer.

-Hola, me llamo Iker, encantado- musitó a través de su barba de tres días castaña.- ¿nos conocemos? Tengo la impresión de haberte visto antes.

- H-hola, soy Jimena, encantada también. Pues la verdad es que si, nos cruzamos ayer donde el lago…

-¡Ah, sí! Ya me acuerdo. Y… ¿llevas tiempo aquí?

-La verdad es que…

El director de equipos entró y la reunión pudo comenzar, así que dejamos la conversación a medias. Después de dos horas de discusiones e ideas, por fin se dio por terminada.

Iker se acercó de nuevo y con sus brillantes ojos averdosados me lanzó la pregunta:

-¿Te apetece tomar un café y reponemos fuerzas para esta tarde? Hay una cafetería muy bonita en esta misma calle.

Controlé mi ilusión (como ya os dije, aún estaba bastante sola por esos lares) y asentí, no sin antes fingir un mínimo de duda. Iker sonrió y nos fuimos hacía la cafetería.La verdad que era una cafetería de cuento, con mesitas de madera y silloncitos rojos, estanterías con libros y una luz

tenue que le daba un toque íntimo e invitaba a quedarse.

Pedimos los cafés y nos sentamos. Iker estaba decidido a retomar la conversación donde la habíamos dejado, y mientras soltaba el café volvió a repetir la pregunta:

-Entonces… ¿llevas tiempo aquí?

-No, la verdad es que me mude hace poco tiempo, y hace nada que me contrataron en la agencia.

- Como yo. La verdad es que no me sorprende, me lo imaginaba, una chica como tú no pasearía sola si le diéramos un tiempito más de adaptación- se atrevió a lanzar sonrojado.

"Me está tirando los tejos?" –Pensé.-" No, no puede ser, yo creo que lo dice porque, naturalmente, con el tiempo vas conociendo a gente…"

-Sí, aún no conozco a mucha gente por aquí.

- Creo que no me has entendido…lo que quiero decir es que tienes un aire especial, seguro que muchas chicas se acercarán para ser tus amigas, y seguro que en poco tiempo tendrás locos a los chicos de la ciudad.

-"Vale, no te aceleres, puede que esté siendo amable"-me dije- Jajaja, creo que será algo menos exagerado de lo que te imaginas, pero gracias- le solté azorada.

- Ya te digo yo que sí, por eso me apresuré a invitarte al café- sentenció guiñando un ojo. Quizá no era tan tímido como parecía…

Después hablamos de todo y de nada, de lo más íntimo y lo más mundano. Se había creado un clima de confianza tal que era como si nos conociéramos de toda la vida. Me sorprendí a mí misma lo cómoda que me sentí. Pasamos 2 horas en la cafetería, y aprovechamos para tomar un tentempié y empezar así con fuerza el turno de la tarde.

Después del trabajo, salí directa a tomar el autobús de vuelta a casa, pero Iker me interceptó:

-¡Eh, gafitas! ¿Hacia dónde queda tu casa?

- Pues… queda en el barrio de Villa del Rey.

-¿Bromeas? Yo vivo por allí también. Déjate de buses, que te llevo en el coche.

Mi corazón se empezó a acelerar, pero conseguí asentir y responder un "gracias" en voz bajita.

Nos subimos en suAudi A4 plateado y pusimos rumbo al barrio, mientras yo le daba la dirección. Cuando llegamos allí, muy caballeroso, salió del coche y me abrió la puerta.

-Venga, que te acompaño hasta tu portal, que ya es un poco tarde y anochece enseguida.

Sonreí en gesto de agradecimiento, y fuimos caminando mientras hablábamos de lo que nos gustaba de la ciudad y de lo que no. Coincidimos en que lo mejor eran sus grandes zonas verdes alrededor, y su amplia oferta d actividades deportivas y culturales, donde la gente del vecindario se unía y conocía. Lo peor, por supuesto, los caos en hora punta, y el carácter un poco frío de los habitantes cuando aún no se los conoce.

Llegamos al portal y empezamos a despedirnos, hablando de lo que nos tocaría hacer mañana para adelantar las campañas. Entonces nos deseamos buena noche y… pasó.

Iker y yo nos estábamos mirando con esas luciérnagas en los ojos que se encienden cuando estás feliz y te gusta lo que estás viviendo y viendo. Entonces él se acercó, y me besó de una forma muy dulce y breve en los labios, como tanteando el terreno y pidiendo permiso. Debo decir que en ese momento me quedé paralizada, fue totalmente inesperado, aunque estaba clarísimo que ese chico me encantaba. Tenía que pasar. Una parte de mí (controlada, afortunadamente) se puso a saltar de alegría.

Desperté del trance y le devolví el beso, pero esta vez fue más largo y más profundo, y pudimos sentir la electricidad que emanaba de nosotros, la compatibilidad, la química. Iker sonrió, me abrazó y se despidió subiéndome las gafas que se empezaban a caer por mi naricita fina.

Por si no lo habéis deducido, esta no es la historia de un día o un paseo un tanto diferente, sino la historia de cómo nunca estuve sola en la ciudad y cómo conocí al que aún hoy es el hombre con el que comparto mi vida. (Si, spoiler: terminé mudándome a su ático).